



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECAÑO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11322

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 plás.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MÍERCOLES 20 DE SEPTIEMBRE DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CONSECUENCIAS

La sentencia dictada por el consejo de guerra de Rennes, contra el capitán Dreyfus, va siendo á cada momento más discutida y protestada. Parecía que dicha sentencia iba al fin á acallar las pasiones y á sossegar los ánimos y no ha sido así.

No nos ha cogido de nuevas lo que ocurre. Dado el interés que el mundo puso en esa causa, cualquier condena había de levantar tempestades muy difíciles de calmar.

¡Y tan difíciles!

Al más indiferente en esa cuestión planteada al otro lado del Pirineo, le atrae y subyuga ese desdichado capitán que lucha denodado, sintiéndose morir, por arrancarse el sello de traidor que le infama y que infamará más tarde a sus hijos sino logra arrancárselo.

Se trataba de purgar errores, de poner muy alta la justicia, de reintegrar al que el mundo juzgaba inocente en el goce de todos sus derechos y en esta obra de reparación no hubo un ser humano ajeno á la cuestión de razas é imparcial—por estar alejado del campo de la lucha—que no reclamase para sí el derecho á ser juez.

Así se fué formando frente al consejo de guerra que veía documentos y examinaba testigos, otro tribunal mas grande, mas sereno, que discurría sin pasiones y que fallaba en la deposición de cada testigo como si éste fuera el reo de un proceso diferente.

Y vinieron los fallos: el de los militares abrumador, terrible, dictado por los prejuicios según nos ha explicado valientemente Zola en su admirable artículo *El quinto acto*; el de la conciencia universal opuesto á aquél, favorable á Dreyfus con todos los pronunciamientos favorables.

Lo ocurrido después tenía necesariamente que ocurrir. Se equivoca quien crea que las protestas que han surgido por doquier van contra la nación francesa. Las manifestaciones de Budapesth y Ostende, el lenguaje violento de la prensa italiana y austro-húngara, la protesta ruidosa de América y este rumor creciente, de protesta también, que se oye en todo el mundo, no significan odio contra la vecina nación ni contra las insinuciones porque se rije; lo engendra sentimiento más noble que el odio y la envidia, lo engendra la justicia que la conciencia universal cree burlada, mucho más desde que el gran novelista francés ha jurado de nuevo la inocencia del capitán Dreyfus.

Si la acusación de Zola tiene por base la verdad probada, si son ciertas las confabulaciones, si el tribunal juzgador ha cedido á pasiones extrañas ¡qué responsabilidades más grandes para todos haber dado pretexto para que en la vía pública se amotinen las muchedumbres y den vivas y mueras!

Si la sentencia de Dreyfus diera margen a un conflicto internacional; si por servir al estúpido amor propio de alguien peligrara la patria ¡que desdicha!

Si en el asunto Dreyfus hay culpables ¡qué intranquilas deben encontrarse sus conciencias en presencia de los momentos difíciles porque atraviesa la nación!

Si fueran ellos solos los castigados les estaría muy bien, pero hay muchos inocentes que no tienen la culpa, porque ellos mismos proclamaron hace tiempo la inocencia del capitán Dreyfus.

Y, sin embargo, esos mismos serían las primeras víctimas si con motivo de la discutida y protestada sentencia surgiera un conflicto internacional.

Cháchara cómica

En Madrid anda la gente muy alarmada con la epidemia tifoidea.

Y la verdad es que eso no debía cojer de sorpresa á nadie.

Porque en cuanto empieza la temporada teatral de invierno ¡madre! ¡qué de tifus!

Un telegrama de días atrás:

«Sale con dirección á Trubia el general Polavieja acompañado de su Estado mayor y otras personas distinguidas.

Formo parte de la expedición.—*Ameljeiras*»

Compadre, usted ha tenido el modo más delicado de llamarse distinguido con el parte que ha mandado.

Nuestro tan formidable onan achacoso «Pelayo» terminará de repararse á fines de Octubre.

Y dicen que entonces se unirá á la escuadra.

Pues trabajo le mando al comandante del buque, si ha de buscarla.

Porque ¡ay! no la va á encontrar.

Parece ser que en Burriana

hace algunos días hubo una bronca archiepiscopal y un escándalo mayúsculo.

Carlistas y liberales

tuvieron un choque rudo

en que salieron estacas

á funcionar, y aun alguno

que otro cuchillo brilló.

Yo del caso no me asusto,

pues comprendo que en Burriana

ningún contendiente pudo

pasar sin hacer en grande

y á la perfección el burro.

Dicen de París que al ir á detener á los auxiliares de Guerin, que lo han facilitado viveres, aquellos se defendieron á patadas y mordiscos, de cuyas caricias resultaron tres agentes heridos.

Los presos fueron sometidos al juzgado de instrucción.

Al juzgado de instrucción

sometidos está mal;

lo propio en esta ocasión

con la traba y el acial.

De Londres:

«Se ha publicado el «Libro azul», relativo á los asuntos de Transvaal, que contiene la correspondencia cambiada desde el 16 de Mayo al 8 de Septiembre.»

Para el Transvaal, yo entiendo

que está la cosa

algo más que allí creen

de peligrosa,

no obstante de que Krüger,

el presidente,

echa roncas y plantas

como un valiente;

pero ya aquí en España

de más sabemos

el crédito que á roncas

darlas debemos,

y al Transvaal es probable

que entrando en tierra

le dieran los ingleses

la gran paliza,

pues la Justicia sirve

pa casos tales,

de lo que sirve al niño

tener pañales.

Es verdad que hay insultos

que son tan malos

que enseguida requieren

andar á palos;

y sabiendo Inglaterra

que en el Transvaal

el oro es la riqueza

más principal,

el *Libro azul* que en Londres

ahora ha salido,

con la intención perversa

sin duda, ha sido

do que resulten puestos

los *transvaalenses*

de oro y azul—por

de los ingleses.

DREYFUSINAS

Del pueblo francés en nombre

los jueces me condenaron;

me parece á mí que han hecho

una *de populo bar baro*

Dicen que por mí condena

peligra la Exposición;

para *exposición* la mía

y para peligros yo.

Del islote del Diablo

al dueño debí traerme,

para que cargase pronto

con *Chanoines y Merceles*.

Me condenan por traidor; si viene el indulto Inego, ó la traición no existió, ó los traidores son ellos.

Paco Tiflero.

CURIOSIDADES



Sepulcro del Cardenal Richelieu

Erigióse en París, en la capilla de la iglesia de la Sorbona edificio construido á expensas del Cardenal Richelieu. En 1793 el furor revolucionario penetró también en aquel sagrado recinto y mutiló el sepulcro. Entonces fué trasladado al museo que se formó en el convento de Petits-Augustins. Después de la caída de Napoleón I fué trasladado á su antiguo puesto.

Mide 4 metros de ancho y 1 metro 92 centímetros de alto

PÁGINAS ESCOGIDAS

Menosprecia el artista jóven el espíritu de elección: este espíritu es insolente cuando menos, y de ordinario inferior y vulgar, impidiendo todo progreso y agostando todo poder; favorece nuestras debilidades y lisonjea las par-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 695

algunos criados: idos en él á mi quinta de Canillejas pasad allí la noche, y mañana por la mañana emprended nuestro viaje á Nápoles.

—Me alegro que se me desierre, dijo Santivañez; llevando conmigo á mi Esperanza, lo llevo todo.

Los dos esposos partieron.

Pasaron la noche en la quinta de Canillejas, que encontraron magníficamente preparada.

Al día siguiente á las diez, llevando siempre una escolta de criados del almirante, emprendieron su viaje para Barcelona.

Allí debían embarcarse para Nápoles.

Y en este punto da fin para nosotros la historia de una de las tres Esperanzas

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 694

—Paciencia, dijo Santivañez: sois demasiado severo, señor almirante.

—Tiempo os queda para tenerla de sobra: devolvedme la licencia de desposamiento, y quedaos con el real indulto de su majestad que necesitais para presentaros en el cuartel de Guardias, donde sin duda os han dado por desertor. Ahora volvamos á Madrid.

VIII

Tres días después, por la noche, se celebraban unas ostentosas bodas en la casa del almirante.

Asistían en representación de los reyes, como padrinos, el marqués de Matanzas y la marquesa de Dos-Rios.

Al retirarse los padrinos, concluidas las bodas, el marqués de Matanzas dió un pliego á don Juan de Santivañez.

—Hé aquí, señor don Juan, le dijo, el regalo de boda que os hace su majestad.

Era el nombramiento de aposentador mayor del ejército de Nápoles.

Cuando se hubieron quedado solos los esposos y el almirante, este les dijo:

—Abajo espera un coche de camino escoltado por

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 691

amigos para que sirviesen de testigos, y reconoció solemnemente como hermana suya natural á doña Esperanza.

En seguida, á pesar de que ya oscurecía, montó á caballo, y se dirigió á su quinta.

VII

Santivañez se aburría.

Cuando vió al almirante se alarmó.

—¿Qué, dijo, tampoco estoy aquí seguro?

—Por el contrario, don Juan, dijo el almirante; seguro podeis estar á la luz del sol y en las gradas de San Felipe el Real.

—¿Como?

—Por este indulto de su majestad.

Y sacó el indulto, y lo dió á Santivañez.

—¿Quien ha hecho esto?

—¿Quien ha de haberlo hecho sino la princesa de los Ursinos? dijo con intención el almirante.

—Pues mirad, dijo Santivañez: siento mucho deber esto á esa señora.

—¿Y por qué?

—Porque desde que conozco, desde que amo á vuestra hermana, que todo fué en un punto, sentí repugnancia por el recuerdo de la princesa, y el de-